

art buchwald

NIXON Y LA CIRCULACION

WASHINGTON.—El presidente Nixon se captó la simpatía del pueblo norteamericano la otra semana cuando, tras volar sobre Washington en un helicóptero y observar la congestión del tráfico matutino, dijo:

—Me alegra no tener que conducir un automóvil para ir a mi trabajo...

Ahora bien, puede que haya algunos automovilistas descontentos que comparen esas palabras con la famosa frase de María Antonieta de que "si no tienen pan, que coman queso", pero creo que serían injustos con el señor Nixon. Lo que él quiso decir realmente es que con las actuales condiciones le sería difícil vivir en los suburbios y ser al mismo tiempo presidente de los Estados Unidos.

Supongamos que tuviera que ir a la Casa Blanca cada día desde una casa suburbana en Virginia. Son las siete de la mañana. Pat acaba de hacerle el desayuno. Le pregunta:

—¿Qué automóvil vamos a usar conjuntamente esta semana?

—El de Henry Kissinger —contesta el presidente.

—Ya usamos el de Ron Ziegler la semana pasada y usaremos el mío la próxima. Es una molestia, pero es mejor que llevar los tres automóviles.

A las siete y cuarto suena un claxon.

—Es Henry. Hasta luego querida. Regresaré entre las seis y las nueve, según el tránsito.

Henry, Ron y el presidente salen hacia Washington por la carretera Shirley. Kissinger dice al presidente:

—A las ocho y media de la mañana tiene usted una reunión con los dirigentes del Congreso; a las nueve y media una visita del embajador soviético. A las once recibirá al presidente de Zambia, luego almorzará con los jefes de estados mayores y después tendrá una reunión con el Consejo Nacional de Seguridad.

—Henry, no hable más y preste atención al volante...

Quince minutos más tarde los vehículos van pegados uno tras otro.

—¿Qué ocurrirá? —pregunta el presidente.

—Creo que el atasco en Langley, señor. Están cambiando los turnos de los agentes secretos y parece que el tránsito está congestionado.

—Ron, toma nota de que hay que trasladar la Oficina Federal de Investigación a Maryland. ¡Santo Dios, ya son las ocho y cuarto! No podrá llegar a tiempo para recibir a los dirigentes del Congreso. ¿Funciona el teléfono del coche?

—Sí, señor.

—Llame a mi secretaria y dígame que cancele las primeras citas. Espere un momento. Parece que ha habido un accidente. Cancele también la visita del embajador soviético.

A las diez de la mañana se aproximan al puente Chain, todavía en Virginia.

El presidente dice:

—Henry, el automóvil parece estar demasiado caliente. Deténgase y déjelo enfriar.

—Pero entonces no podrá usted recibir al presidente de Zambia...

—Nada puedo hacer para evitarlo. Ron, llame a la Casa Blanca y diga que cancelen la cita con el presidente de Zambia. Henry, ¿por qué no trata de ir por el otro puente? Tal vez pueda almorzar todavía con los jefes de estados mayores...

Al mediodía, el presidente llega a toda prisa a su despacho y comienza a leer telegramas. Una hora después pide que llamen a Kissinger.

—No está en su despacho.

—¿Dónde está?

—Buscando sitio donde aparcar el coche.

Por la tarde, de regreso, el presidente abre la puerta de su casa, en Virginia, a las ocho menos cuarto y dice:

—Pat, ¿por qué tiene Tricia que colocar su coche de modo que bloquee la entrada?

La señora Nixon contesta:

—¡Buena, no tienes por qué gritarme!

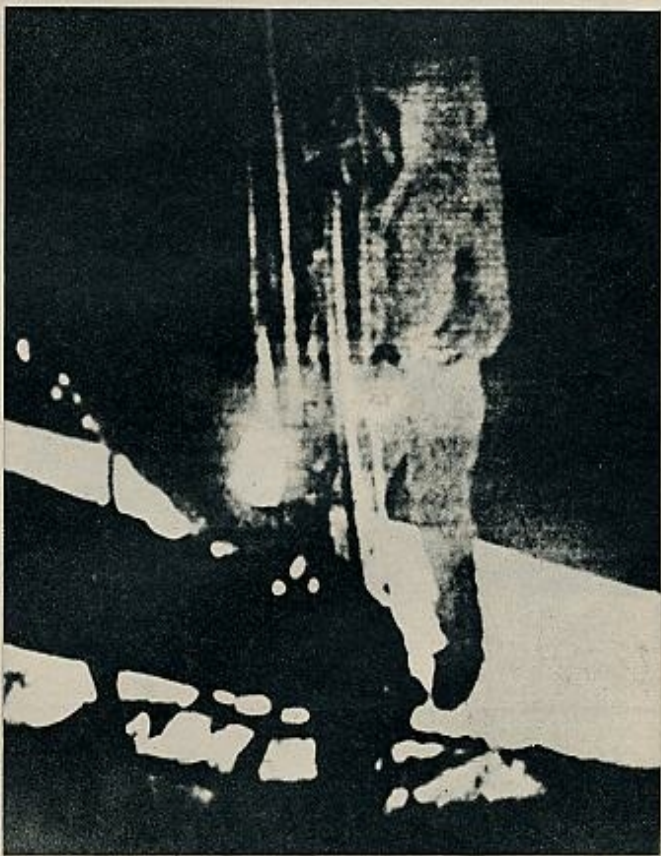
—¿Cómo analiza, a la luz de su tesis, el último golpe militar peruano y la situación que ha creado?

—Hasta el tres de octubre de mil novecientos sesenta y ocho, día del último golpe peruano, los golpes militares de la América Latina eran episodios culminantes en la lucha de oligarquías poderosas contra burguesías débiles. Antes de ese día los golpes terminaban con la victoria de las primeras, y la orden final para desatar los golpes era dada por los agregados militares de los Estados Unidos. ¿Por qué? Pues porque los intereses norteamericanos actúan dentro de los frentes oligárquicos, no del lado de las burguesías. Pero en el Perú sucedió lo inesperado: la pequeña burguesía militar, que había estado al servicio del frente oligárquico, actuó contra éste, con el cual rompió lo que parecía una tradición. El gobierno militar peruano comenzó golpeando al más poderoso de los miembros del frente oligárquico de su país, que es el imperialismo pentagonista; después golpeó a la Banca y ahora ha golpeado a los latifundistas. Falta ver qué hará con el comercio importador-exportador, que es otro de los sectores importantes del frente

oligárquico. En mi opinión, los militares peruanos están echando las bases para que se desarrolle una burguesía nacional, sólo que tengo serias dudas de que haya tiempo para eso, pues el desarrollo de una burguesía requiere muchos años, sobre todo en países donde el ahorro es tan bajo como lo es en América Latina.

—Un fenómeno que extraña a los observadores es el elevado grado de politización del pueblo dominicano, que ha estado sometido durante varias décadas a una feroz dictadura, sin medios de información ni, incluso, de formación.

—Debo decirle que esa ha sido nuestra labor. Cuando regresé a mi país, después de la desaparición de Trujillo, hablaba todos los días por radio, explicando al pueblo los problemas políticos, haciéndole tomar conciencia de su situación. Lo hacía en términos claros, directos, que pudieran interesar a la vez a los analfabetos y a los letrados. El resultado es lo que usted observa: uno de los pueblos más politizados de Latinoamérica. Créame usted: a pesar de todo lo que se dice, las masas se politizan muy pronto, con más rapidez de lo que pudiéramos pensar. ■ R. L. CH.



Un paso gigantesco para la Humanidad

Con más de tres horas de antelación sobre la fijada por la NASA se posó el «Aguila» en la superficie lunar. Muy lentamente descendió Armstrong por la escala del módulo. El pie tantea unos segundos (momento que recoge la foto) antes de posarse en el suelo «arenoso», que el cosmonauta sentiría —según dijo— hundirse levemente. A pesar de tanta información quemada en el tema, a pesar de que nos sabíamos de memoria, paso por paso, las maniobras del alunizaje y los movimientos de los hombres (nuestros lectores han podido comprobar la exactitud del guión que los ofrecimos la semana pasada), este momento consiguió arrancar la emoción de tantos millones de espectadores que seguían la aventura. Los saltos de Aldrin, la recogida del polvo lunar, la colocación de la bandera americana iniciaban un paseo espacial de dos horas que no por conocido de antemano en sus mínimos detalles resultaba menos fantástico. Las primeras palabras de Neil Armstrong fueron: «Este es un pequeño paso para un hombre, pero es un salto gigantesco para la Humanidad».